



VIII JORNADA INTERNACIONAL DE PRÁCTICA PSICOMOTRIZ

ASEFOP

Bruselas 20 de febrero de 2016

VIVIR Y PENSAR EL CUERPO EN TERAPIA PSICOMOTRIZ

¿Quién soy yo? Cómo nos cuenta el niño quien es,

Cómo nos cuenta el niño su historia

Buenos días a todos y bienvenidos a la VIII Jornada Internacional de Práctica Psicomotriz organizado por la Asociación Europea de Escuelas de Formación en Práctica Psicomotriz en colaboración con el EBPPA de Bruselas, que nos han proporcionado unas condiciones excelentes para poder desarrollar un trabajo de calidad que responda a las expectativas de todos los presentes.

Es la primera vez que tengo el honor y también la responsabilidad de presentarme en Bélgica como Presidenta de la Asefop, asociación creada en 1986 por Bernard Aucouturier junto a un grupo de colaboradores, que agrupa a las escuelas y formadores que imparten formación en Práctica Psicomotriz Aucouturier en Europa y algunos países de Hispanoamérica.

Es también la primera vez que la Asociación, la Asefop, se presenta en Bélgica en un acto público como grupo de formadores, y representa para nosotros una especial satisfacción que sea en esta ciudad de Bruselas en la que se fundó nuestra Asociación, una Asociación de Escuelas, con el objetivo de empezar a difundir de manera estructurada y rigurosa este método tan apasionante que es la Práctica Psicomotriz Aucouturier. Creo por tanto, que puedo afirmar sin temor a equivocarme, que como asociación acumulamos la mayor experiencia formativa de toda Europa en el ámbito de la



psicomotricidad y este es un bagaje que nadie nos puede arrebatarnos. Somos una asociación pequeña, es verdad, pero hacemos cosas importantes que afectan a la vida de muchas personas y a lo largo de los 30 años de existencia, se cuentan por miles las personas que han visto transformada su visión de los niños y de la vida tras haber pasado por nuestros centros de formación, pues todo el que realiza nuestra formación sale caminando diferente (y muchos de los que estáis aquí delante lo sabéis). Esta es la fuerza de nuestra carta de presentación. Las escuelas de la Asefop nos enorgullecemos de ser en nuestros diferentes países un referente no solo por la formación que impartimos en Práctica Psicomotriz, sino por haber sido y continuar siendo un lugar innovador en cuanto a la mirada sobre el niño y la reflexión sobre las relaciones educativas, familiares e institucionales.

A lo largo de nuestros 30 años de existencia hemos pasado por diversas vicisitudes, pero si hay algo que nos ha caracterizado es nuestro compromiso riguroso con el mundo de la infancia por nuestro trabajo cercano e implicado con los niños/as en la sala de psicomotricidad (pues todos los formadores tenemos muchas horas de Sala). Esta cercanía a la infancia y a los profesionales que trabajan con ella nos permite tener una visión privilegiada de las problemáticas actuales en relación con la infancia y con el hecho de educar.

El tema que nos convoca este fin de semana **Vivir y pensar el cuerpo en terapia** es una prueba de lo que acabo de decir. La escuela belga nos hace una propuesta innovadora metodológicamente para una reflexión sobre una Práctica que está viva, y que encuentra en su propuesta terapéutica por la vía corporal su expresión más característica; una Práctica que activa permanentemente sus principios para encontrar los medios que mejor nos ayudan a Ayudar.



Yo quisiera abordar el tema desde la perspectiva del niño porque el cuerpo del niño es el niño. Pensar el cuerpo del niño en la terapia es pensar al niño en su expresión más plena, más digna y más respetuosa hacia ese ser humano en crecimiento que por el hecho de serlo, es decir de estar en crecimiento y por lo tanto “inacabado” no siempre se ve respetado como ser humano, precisamente en su cuerpo.

Los psicomotricistas somos expertos en la lectura de los índices corporales a través de los cuales podemos seguir de manera bastante fiable el “normal” desarrollo psicomotor de un niño o un proceso madurativo satisfactorio.

Pero desde la Práctica Psicomotriz Aucouturier somos capaces de ir más allá y entender los aspectos dinámicos que se esconden en la manera específica que tiene cada niño concreto de decirse y manifestarse a través de su expresividad motriz; es decir no solo estamos atentos al qué hace, sino al cómo hace y en el cómo vislumbramos el por qué, un porqué que siempre va a encontrar sus raíces en una historia de relación, pero también el para qué, una finalidad que tiene que ver con procesos de reaseguración o no, del malestar y la angustia .

Al nacer el niño no tiene conciencia de sí mismo, ni de que su cuerpo es suyo, ni de que ese cuerpo está separado del otro; solo tiene disponible su fisiología. Es un organismo con un bagaje genético en el que va inscrito el potencial que le va a posibilitar ese pasaje que va de la fisiología al pensamiento, con la particularidad de que esa “transición” solo se puede realizar a través de la vivencia corporal en relación, es decir a través de la relación entre ese organismo y un cuerpo (humanizado y unificado).

Sabemos que los momentos de vivencia de la unidad de placer compartido entre la madre y el hijo están en el origen de la formación de la unidad corporal. Y que de ahí van a surgir las incipientes representaciones inconscientes que van a dar lugar al movimiento fantasmático sobre el que se van a constituir los cimientos del psiquismo; un psiquismo que no es, pero que será, a partir de las sensaciones, que van quedando registradas en



ese organismo que nosotros ya vemos como cuerpo, porque ya le estamos dando una entidad y una identidad, que el niño todavía desconoce.

La manera cómo el ser humano va haciéndose persona es indisoluble del proceso de ir “haciéndose” la representación de su cuerpo, representación que en sí misma incorpora esa relación humanizante, incluye a ese otro, que le está permitiendo madurar. El cuerpo por tanto es el primer lugar de simbolización de esa historia de relación que permite al niño ir estructurando su psiquismo. Las huellas que el contacto, a través del **sostén, la contención y la envoltura** han ido dejando en el niño vamos a rastrearlas en su tono, sus apoyos, su eje, su equilibrio, su mirada, su envoltura, su apertura al entorno, su sonrisa, su ritmo, su curiosidad y su deseo de acción.

Pero esta relación que hunde sus raíces en las etapas de no diferenciación entre el niño y la madre, se va entretejiendo a partir de fuerzas contradictorias que acercan y alejan, que generan fantasmas de apego y dominio, y acaban conformando una historia de apego y separación necesaria para que el niño acceda a su propia identidad. La historia de todo ser humano es la historia de una relación, de un vínculo que tiene que ser representado, simbolizado para poder acceder a una separación segura, sin que se rompa el vínculo. Y esta historia también nos la cuenta el niño si estamos atentos. La manera que tiene de canalizar sus impulsos, de expresar sus emociones, la energía vital, el placer o el displacer con que carga sus acciones, sus posturas y su gestualidad, son manifestaciones espontáneas de una gran riqueza que nos hablan de la facilidad o dificultad con que el niño está resolviendo esta disyuntiva vital para su crecimiento.

¿Qué aporta la terapia Psicomotriz, para favorecer una vía de evolución del sufrimiento infantil? ¿Cuál es la originalidad de esta terapia? ¿Qué hace de esta terapia un lugar de deseo para los niños y también para los adultos?



Jorge Barudy el psiquiatra chileno, afincado en Bélgica especialista en el tema de la resiliencia, califica la terapia psicomotriz de subversiva, un instrumento excepcional, entre otras cosas, porque es reparadora del aislamiento, de la soledad que la sociedad actual produce. Esta afirmación nos pone en la pista del **primer gran valor** de esta terapia, que es **el encuentro**, un encuentro entre dos seres humanos, niño y terapeuta, que se realiza desde lo más genuino y auténtico de cada uno que es el cuerpo, las sensaciones y las emociones. Un encuentro que se produce en una semejanza de condiciones poco común, descalzos, en ropa cómoda, de pie, o tumbados, sin formalismos ni condición alguna que “proteja” al terapeuta, o al niño, de lo que se va a mover allí a nivel tónico emocional pero garantizado por un encuadre segurizante y contenedor para ambos, que favorece la emergencia intensa de resonancias tónico emocionales reciprocas. Y una vez producido el encuentro todo es posible.

Porque es el encuentro en sí mismo lo que permite al niño expresar quien es, expresar su sufrimiento, expresar su historia, pero también actuar, moverse, emocionarse, en definitiva construirse un sentimiento de sí desarrollando procesos de acción y de reaseguración.

La Práctica Psicomotriz Aucouturier nos permite entender el funcionamiento del psicológico del niño en base a una comprensión psicodinámica de su expresividad motriz que nos da las claves para hacer hipótesis sobre su biografía, para entender el anclaje de su angustia o el origen de su malestar, que está en el origen de sus dificultades del presente, a la vez que nos permite entender los aspectos dinámicos y relacionales del aquí y ahora del niño. Es decir la observación atenta e interactiva con el niño nos permite una visión en vertical y en horizontal de quien es el niño a día de hoy, cómo funciona o disfunciona, sus fijaciones, bloqueos o lastres pero también cuáles son sus recursos y sus potencialidades.

Esta mirada original sobre la maduración infantil abre una óptica diferente a la hora de abordar las dificultades y las patologías de los niños pues pone el acento en lo que el niño es, en lo que el niño tiene, en lo que el niño puede, en la dinámica que sostiene sus relaciones, no en sus carencias o en su síntoma, y esto hoy en día no está a la moda.

Pero siendo importante esta comprensión de la problemática infantil no es esta comprensión lo que hace cambiar al niño en la terapia, sino lo que se vive en la Sala de Práctica Psicomotriz. El cambio del niño viene de la mano de las pequeñas o grandes movilizaciones tónico-emocionales que se producen a lo largo de una sesión a través de los juegos de todo tipo compartidos en la relación terapéutica. Hay algo que tenemos que tomar siempre en consideración, que **la angustia forma parte de la vida de los niños como motor y como riesgo**. Como motor porque una dosis necesaria de angustia permite el crecimiento y el desarrollo de mecanismos de reaseguración que le procuran sosiego en ausencia de la figura de apego. Como riesgo porque si se instala puede bloquear los procesos de creación de engramas de acción necesarios para buen desarrollo del niño. El niño se nutre a partes iguales de la relación y de su propia acción; la relación con el entorno maternante le permite ir creándose las representaciones inconscientes que llamamos fantasmas de acción que van a ser el motor de su actividad. La acción va abriendo cada vez más sus posibilidades motoras, cognitivas, simbólicas, sociales y hasta narcisistas pero esencialmente produce en él unas transformaciones internas y externas que le hacen sentirse a sí mismo.

La maduración de un niño tiene por tanto como base **la acción, el placer y la relación**, tres componentes indisolubles para que el niño pueda cimentar su psiquismo pero para ello necesita a ese otro unificado que le proporcione la contención y envoltura necesarias que faciliten sus transformaciones.

Y esto es exactamente lo que el niño encuentra en la Sala de psicomotricidad: acción, placer y relación.

Hay que pensar que los niños que vienen a terapia son niños cuya dosis de angustia ha sido mayor de lo asumible y por tanto no han conseguido una suficiente unificación de su cuerpo, o ésta es tan frágil y tiene unos contornos tan vulnerables, que la contaminación entre el mundo interno y externo es permanente y perturbadora, explicándonos muchos de los comportamientos excesivos o limitados por los que el niño viene a consulta.

El niño en la sala encuentra la posibilidad de vivir su propia acción, de crear, vivir, encontrar y reencontrar sus propias sensaciones en una relación y como bien sabemos, el placer de la acción compartida transforma.

Cada vez que un niño corre, o juega un pilla-pilla, con toda la movilización emocional que conlleva, está jugando fantasmas persecutorios si, pero sobre todo está sintiendo sus apoyos, está sintiendo el dominio de su cuerpo y el espacio, está viviendo el placer de alejarse pero también el de dejarse atrapar y sentirse recogido y contenido que le recompone de la angustia de alejarse y esto lo vive en su cuerpo. Cada vez que un niño juega con el equilibrio está viviéndose a sí mismo de manera diferente, dominando su cuerpo jugando a perder ese dominio para poderlo recuperar. Cada vez que un niño empuja la torre de cojines está produciendo una movilización tónica en todo su cuerpo que le unifica a través de la fuerza que saca al empujar, simbólicamente está echando fuera, sacando todo lo que le sobra y lanzándolo sobre esa torre o ese adulto que simboliza todo aquello que le exige, le controla o le impide ser él mismo y todo esto lo vive en su cuerpo, en su emoción, en sus sensaciones compartidas. A lo largo de una sesión de terapia se dan un montón de situaciones de este tipo que el niño vive en la plenitud de una relación que le entiende y le respeta, en una sala que es atractiva y estable pero transformable, y esta vivencia de sí mismo en acción es lo que va produciendo ese cambio tónico emocional profundo que pone de manifiesto que el niño va transformando la angustia y el sufrimiento en bienestar.

Es el conjunto de las sensaciones vividas a lo largo de las sesiones las que van cambiando la percepción que el niño tiene de sí mismo y en la medida que cambia la percepción de sí mismo porque se siente unificado, sólido, capaz, y por lo tanto en mayor seguridad, cambia también la percepción de la realidad y del entorno, teniendo como consecuencia un comportamiento más adaptado.

¿Qué elementos de la expresividad motriz del niño nos interesa retener para poder “leer” mejor lo que nos dice de sí mismo y poder en la medida de lo posible objetivar su evolución a lo largo de la Ayuda?

Bernard Aucouturier en su libro El método Aucouturier, nos habla de tres aspectos concretos:

- Las relaciones y su evolución: parámetros psicomotores y más concretamente todos los que hacen referencia a su cuerpo, como los apoyos, el eje, el equilibrio, la coordinación, posturas.....
- Las manifestaciones de angustia y su evolución: fijaciones, repeticiones, rechazos, inhibición, miedos, transgresiones, defensas excesivas (lenguaje), exceso de movimiento.....
- Las posibilidades de reaseguración: es decir la capacidad para jugar, simbolizar, representarse, hablar, comunicar, el placer.....

Llegados a este punto no puedo por menos que evocar uno de los conceptos esenciales de la Terapia Psicomotriz Aucouturier que afectan directamente el cuerpo del niño y que sin duda son la seña de identidad de nuestra terapia y estos son: **la estrategia de rodeo y los juegos de reaseguración profunda.**

Bernard Aucouturier ha sido el primer y único autor en extraer principios de actuación terapéuticos de teorías enunciadas fundamentalmente por los autores postkleinianos y muy particularmente Winnicott, creando una Práctica original que constituye su auténtica aportación al campo de la Psicología radicando en ello la originalidad de la propia

Práctica Psicomotriz. Winnicott habló de las angustias impensables que invadían al bebé por el hecho de su inmadurez neurológica, que solo eran calmadas por una madre suficientemente buena a través un buen holding y un buen handling, acciones estas que en su repetición iban dejando huellas en el bebé que posteriormente iban a posibilitar los primeros esbozos de representaciones inconscientes. Bernard extrajo consecuencias terapéuticas de estas acciones, de estas manipulaciones del cuerpo en el espacio, de estas sensaciones vividas en relación, de estas vivencias corporales de fuerte movilización tónica, y los llamó juegos de reaseguración profunda, que pueden ser activos o pasivos, pero que siempre llevan a encontrar en uno mismo el objeto interno que da seguridad y por lo tanto a superar las eventuales angustias que puedan invadir en mayor o menor grado al niño.

La estrategia de rodeo iría también en esta línea pues tiene como objetivo que el niño se reencuentre con las sensaciones más arcaicas que constituyen los cimientos de sus representaciones inconscientes con el fin de que el niño pueda construir o reconstruir la unión entre lo somático y lo psíquico que está en la base de la representación de sí mismo y a partir de ahí instaurar o restaurar la función simbólica. Dicho de otra manera, toda esta movilización corporal vivida en la sesión tiene como finalidad la creación de nuevas representaciones internas y por lo tanto producir maduración psicológica pero hasta cierto punto también neurológica, pues la maduración del lóbulo frontal, tan de moda hoy por su inmadurez en los TDHA, tiene que ver con la vivencia de todo este tipo de sensaciones arcaicas primitivas, en una relación de seguridad.

Voy a hablar de algunos casos que pueden servirnos para ilustrar los aspectos esenciales sobre los que hay que fijarse, elementos que para todo psicomotricista deben prioritarios a la hora de trabajar y el primero evidentemente siempre es el cuerpo.

Caso José:

- Síntoma de consulta

- Cuerpo: apoyos, tono, posturas, lugares en la sala,
- Capacidad de acción y reaseguración
- Dinámica de relación con el adulto
- Evolución

Caso Mario:

- Diagnóstico
- Cuerpo, tono,
- Sin capacidad de acción, solo de reacción mínima
- Trabajo: “el tono solo madura en la relación”
- Rupturas tónicas. Objetos.

Caso Sergio:

- Síntoma de consulta: TDHA
- Sufrimiento profundo expresado en el cuerpo
- Dificultad de separación
- Rabia, agresividad

Caso Ignacio:

- 4 años, mellizo, violento, excesivo,
- Hipotónico, colgado del esqueleto
- Mantiene el eje
- Lanzar, llenar, vaciar, agrupar
- Emoción muy plana. Ausencia de volumen

Vemos que en muchos de estos casos el síntoma explícito, y/o la demanda de los padres y/o las exigencias escolares, pueden ser una trampa para el psicomotricista pues pueden “poner un velo” que dificulte la visión adecuada del niño que tenemos delante. Pero el cuerpo no engaña y si podemos liberarnos de esta carga y entrar con la mirada limpia y las “gafas” de lectura de la expresividad motriz adecuadas, los niños son un libro abierto que se ofrece ante nuestra mirada para que conozcamos quien es él de verdad. Esa es

nuestra competencia específica y los niños de hoy en día están especialmente necesitados de nuestra mirada.

¿Quién soy yo? Se pregunta el niño, porque en general los niños que vienen a terapia son niños que están perdidos respecto al lugar que ocupan en el mundo, o perdidos en una angustia que le dificulta saber quién es.

La Práctica Psicomotriz ofrece a los niños y las niñas la posibilidad de vivir su cuerpo que es lo mismo que decir que tienen la posibilidad de vivirse a sí mismos, de nutrirse física y psíquicamente a través de su propia acción. Si la primera creación del niño es su propio cuerpo, la Práctica Psicomotriz permite a los niños crearse y recrearse, innovarse y transformarse en un espacio especialmente diseñado para que esto ocurra.

¿Quién soy yo?

Mi cuerpo expresa mi vida,

la llevo a cuestas, va conmigo, pero no es mía,

solo está en mi cuerpo, pero alguien la recupera para mí,

en un espacio y un tiempo privilegiados alguien la va a leer para mí,

la juega conmigo para que compartiéndola,

yo consiga apropiarme de mi cuerpo, de mi vida

y así, al final pueda llegar a decir.....¡YO SOY!.....

Muchas gracias.

Mary Ángeles Cremades Carceller